

La Unidad Sindical, herramienta indispensable

(Reflexiones sobre el panorama unitario en Argentina, Uruguay y Chile)

P O R O S C A R W A I S S

Con motivo de un reciente viaje a Argentina y Uruguay, he creído conveniente escribir algunas líneas sobre la unidad sindical de esos países, incluyendo en el panorama a mi propio país, que vive una experiencia unitaria muy interesante. Y, en efecto, no puede subestimarse la importancia de la unidad sindical en los países latinoamericanos, en momentos en que el cerco imperialista en torno a la revolución cubana puede transformarse en cualquier instante en un atraco internacional de esos a que es tan adicto el Departamento de Estado, cualquiera que sea el partido que circunstancialmente lo administre.

La unidad sindical es la única herramienta que puede regular el proceso de una crisis revolucionaria, en que siempre existirá la interrogante de una eventual derivación caudillista o castrense. Esta eventualidad deriva fatalmente de la debilidad direccional de los partidos y movimientos revolucionarios y de la debilidad teórica y política de sus cuadros dirigentes. En esas circunstancias, el peso masivo de la clase obrera y de sus aliados (campesinos, empleados, sectores artesanales, etc.) organizada en una sola Central Sindical resulta decisivo para frenar una aventura.

América Latina comienza a

vivir una etapa definitiva en su desenvolvimiento, que se relaciona directamente con el duelo mundial entre el capitalismo que se derrumba y el socialismo que emerge con irresistible dinamismo. La revolución cubana es un factor acelerador indudable. Ella ha repetido, en un plano mucho más avanzado, las experiencias de Guatemala, de Venezuela y de Bolivia. Cuba es mucho más que una expresión nacionalista y popular; es un desafío al imperialismo, en su propia entraña. Por eso, la lucha por la derrota o la victoria del movimiento revolucionario cubano, es una lucha en que irán participando, cada vez con mayor energía, sectores reaccionarios y las clases trabajadoras, extendiendo el frente de guerra a zonas cada vez mayores. No era una simple metáfora de Fidel Castro cuando dijo que había que convertir la cordillera de los Andes en la Sierra Maestra del continente.

Por desgracia, en el terreno específico de la unidad sindical, también estamos históricamente en retraso. Esas constantes pugnas subalternas, esos problemas de preeminencia personal y caudillista que tanto daño infieren, ese prurito de magnificar insignificancias, perjudican tan seriamente las posibilidades de una ofensiva popular, que resulta necesario calar con

hondura en la situación para propender a un esclarecimiento y conseguir algún avance. Mientras discutimos si son galgos o podencos, los perros de presa del imperialismo y la reacción preparan su asalto a Cuba, su represión continental y cocinan el plato picante de algún "complot rojo" en todo el continente.

La confusión argentina

Tres agrupamientos obreros principales definen la confusión sindical en Argentina: los 32, los 62 y el MUCS.

Políticamente hablando, la dispersión es aún mayor. No logran conjugar el mismo lenguaje sindical los socialistas, los peronistas, los comunistas, el pequeño pero activo Movimiento de Izquierda Revolucionaria que dirige Silvio Frondizi y otros sectores de avanzada. Más aún, ni siquiera en el seno de estos movimientos se ha logrado tener una opinión uniforme, de todo lo cual resulta un panorama sombrío, pese al deseo unitario de los trabajadores, vigorosamente expresado en los recientes paros nacionales.

La verdad real es que las llamadas 32 organizaciones no son 32, pues están viviendo un proceso de desintegración que deriva de sus lazos no disimulados con sospechosos elementos pro-imperialistas como Serafino Romualdi.

Mayor sinceridad y consecuencia encontramos en los 62 y el MUCS que se orientan hacia una recuperación de la antigua CGT, única salida unitaria de la actual dispersión sindical argentina.

Lo que resulta desolador es la indudable ineficiencia de las direcciones políticas para cooperar a la unidad sindical. La carencia de una Central Sindical Unica es una de las razones que explican la proliferación de movimientos militaristas y la conducta entreguista del gobierno actual. No queremos aparecer como consejeros de movimientos políticos foráneos, pero con todo el respeto que nos merecen las directivas de esos movimientos, es preciso señalar su responsabilidad en esta suerte de cobardía colectiva para promover un comité unitario que recupere la CGT, con o sin el reconocimiento oficial, pero con el respaldo mayoritario de las masas.

Hay que dejar en claro que la responsabilidad de esta situación recae sobre todos los sectores del movimiento obrero argentino. Los comunistas, porque mantienen imposiciones sectarias, especialmente de tipo internacional; los socialistas, porque temen instintivamente una experiencia viva; los peronistas, porque no definen su derrotero histórico.

Afortunadamente, de la rápida madurez que van alcanzando los sindicatos adheridos al MUCS y a los 62, deriva la posibilidad de una pronta unidad sindical que llegará a constituir un factor esencial para el progreso del movimiento obrero argentino.

Lo que constituye un elemento diferencial en esta situación es la existencia de un sector peronista mayoritario en el movimiento sindical, que está huérfano de una

orientación política. El peronismo sindical es una expresión *sui generis* de las tendencias filo-populares que presentaron una fase característica de la inquietud revolucionaria latinoamericana y que, actualmente, hacen crisis ostensible. Para nadie es un misterio que movimientos similares en otros países del continente se están escindiendo, para dar vida a tendencias más definidas y de clara orientación marxista revolucionaria. El peronismo argentino no constituye una excepción y en su seno se incuban fracciones que tienden a ubicarse desde un punto de vista de clase. Facilitar este proceso es un deber ineludible para los conductores conscientes del movimiento obrero.

La alternativa uruguaya

Uruguay representa una alternativa diferente; para el pueblo oriental no existe la variante del peronismo. Solamente dos fuerzas políticas con influencia en la clase obrera pueden determinar el rumbo de los trabajadores de ese país: socialistas y comunistas. Sin embargo, desde hace varios años, la unidad sindical no pasa de ser un deseo que no logra concretarse.

Hay que señalar que caracteriza al movimiento obrero uruguayo el apoliticismo de los dirigentes sindicales. En Uruguay, un dirigente sindical, aunque milita en el Partido Socialista o en el Partido Comunista, no puede llevar al sindicato la orientación o las instrucciones de su partido, porque ello le representaría de inmediato el repudio de las bases. Esta circunstancia no puede ser ignorada en el análisis de las dificultades que han impedido, hasta hoy, que el Comité Unitario más o menos permanente, logre

transformarse en una verdadera Central Sindical.

Los socialistas señalan como obstáculos esenciales para la unidad dos hechos: a) la exigencia comunista de afiliación a la Federación Sindical Mundial, y b) la oposición socialista a que existan dirigentes sindicales rentados.

El primer problema parece tener una solución fácil. La Confederación Obrera Boliviana y la Central Unica de Trabajadores de Chile han mantenido el principio de independencia de toda central sindical mundial sin que ello haya sido resistido por los comunistas. Una discusión profundizada y serena debería llevar a una solución expedita que eliminara este obstáculo, más aparente que real. Aunque parezca que exajeramos, llegamos a pensar que se ha aumentado intencionadamente la gravedad de esta diferencia.

En cuanto a los dirigentes rentados, se trata de un problema tan pequeño, que mantenerlo como diferencia de fondo también resulta artificial.

A veces, para disimular resistencias más profundas, se recurre a pretextos que no resisten el más superficial análisis. Se suele tener miedo a la vida misma, a la experiencia concreta, y se elude su inevitable desarrollo mediante sofismas que no engañan a nadie, y mucho menos a los trabajadores. Se suele olvidar que es siempre preferible la enseñanza positiva que se obtiene a través de la lucha, que la escaramuza intrascendente que deja las cosas en su mismo sitio.

En Uruguay no puede haber unidad sindical sin un acuerdo previo de socialistas y comunistas y, calando más hondo, no puede haber unidad política sin un acuerdo similar. Pretender que la uni-

dad se conseguirá por intermedio de pactos con pequeños grupos sin vigencia social, es un absurdo que no resiste el menor análisis. Hablar de un entendimiento **por la base**, pasando por encima de los dirigentes, es repetir un error que la experiencia histórica ha liquidado. La Central Unica es la salida insoslayable y mientras más se retarde su formalización más se retrasará el proceso de consolidación del movimiento popular y revolucionario.

De lo expuesto fluye una consecuencia; la tarea inmediata de los dirigentes obreros orientales no es otra que la formación de la Central Unica, eliminando los obstáculos aparentes que hasta hoy han imposibilitado su nacimiento. No es el momento de paralizar la unidad sindical por reñeos sectarios o cobardías políticas. La historia decidirá el camino final y, a lo mejor, este camino no encuadra en las provisiones ni de los unos ni de los otros, porque la historia es vida, y la vida es siempre imprevista. Pero cuando se enfrenta la historia con el apoyo de los sectores que representan el destino de la humanidad, toda vacilación es repudiable y cada claudicación es una cobardía.

El ejemplo chileno

Chile es uno de los pocos países latinoamericanos en que existe una Central Unica de Trabajadores y, pese a sus inevitables defectos, no cabe duda alguna que esta experiencia es positiva y debe anotarse en el haber del libro contable del movimiento social.

La excesiva politización de los obreros y empleados chilenos —fenómeno contrario al que señalábamos en Uruguay— ha hecho llegar has-

ta la CUT a representantes de sectores políticos e ideológicos ajenos a la clase obrera, especialmente radicales y demócrata-cristianos, lo que constituye un factor de perturbación y, potencialmente, de traición. Sin embargo, la decidida acción de los grupos mayoritarios, de clara raigambre revolucionaria, ha ido convirtiendo a la Central Unica en la herramienta más útil para la defensa de los trabajadores, arrastrando incluso a sindicatos y gremios dirigidos por elementos vacilantes, que se ven superados por el empuje y la combatividad de las bases.

Es un error común creer que, por la sola presencia de una Central Unitaria, los trabajadores están en condiciones de desafiar a la burguesía y de ganar cualquiera batalla reivindicativa. Siempre es necesario un lapso más o menos amplio para que la etiqueta unitaria se convierta en una fuerza social. Esto se consigue a través de múltiples y variadas experiencias (pliegos de peticiones, huelgas parciales, paros nacionales, etc.), que les enseñan a los dirigentes a conciliar sus antagonismos políticos y, a las bases, a confiar en sus dirigentes. Este es el proceso que ha seguido la unidad sindical en Chile y sus frutos deberán madurar ahora que el ascenso popular empieza a manifestarse vigorosamente, después de muchos años de constantes retrocesos.

Los últimos paros nacionales han sido un ejemplo de esta madurez y seguridad que va alcanzando la Central Unica de Trabajadores. La directiva ha aprendido la diferencia entre un paro limitado y un paro indefinido, el que implica fatalmente la derrota o la insurrección. Y los trabajadores han aprendido a responder a las instrucciones de

sus dirigentes. Y todo esto ha redundado en un vigoramiento del espíritu combativo de las masas, que han sentido, paralelamente a su propia fuerza, el control responsable de una dirección común.

Lejos de mi ánimo idealizar a la CUT cuyas debilidades y defectos todos conocemos; pero el hecho de su existencia, la demostración empírica de que nadie se traga a nadie, la realidad de una convivencia dinámica —por no reducir la fórmula de la **coexistencia pacífica**...— deben significar para el movimiento sindical de otros países un ejemplo que, si bien no debe imitarse artificialmente, debe considerarse en la búsqueda del propio camino.

Comienza una ofensiva popular

Después de muchos años de desconcierto, en que surgieron y proliferaron los movimientos izquierdizantes y los caudillismos chauvinistas, la revolución cubana ha dado la voz de partida a una ofensiva popular en todo el continente, cuya meta es la transformación profunda de la oprobiosa realidad económica vigente.

Para esta ofensiva es preciso conquistar la unidad sindical; y para conquistarla hay que recordar que cada minuto que pierde el proletariado es una hora que gana la burguesía. Si cada dirigente político y sindical comprende su verdadera responsabilidad y abandona la pequeña preocupación burocrática para enfrentar la tarea histórica, el momento de la liberación se aproximará y no parecerá ya un sueño futurista o una justificación verbal. Esta ofensiva puede ser la de la victoria. Cuba nos ha señalado ya el camino.